

Después de la crisis

ALAIN TOURAINE



Después de la crisis

Sección de Obras de Sociología

Alain Touraine

Después de la crisis

Traducción
MARTÍ SOLER

Primera edición en francés, 2010
Primera edición en español, 2013
Primera edición electrónica, 2013

Este libro fue publicado con el apoyo de la Embajada de Francia en México / IFAL, en el marco del Programa de Fomento a la Publicación «Alfonso Reyes» del Ministerio Francés de Relaciones Exteriores y Europeas y del Institut Français.

Título original: *Après la crise*
© Editions du Seuil, 2010

D. R. © 2013, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-1759-0

Hecho en México - *Made in Mexico*

*Para Simonetta, a quien este libro despojó
de una parte del tiempo que hemos compartido.*

Índice

Presentación

Primera parte

Las crisis en contexto

- I. Más allá de la sociedad industrial
 - Crisis económica y cambio de sociedad
 - El modelo europeo de modernización
 - El declive de la sociedad masculina
 - ¿En qué sociedad vivimos?

- II. La crisis de la sociedad capitalista
 - Un segundo sector financiero
 - La conmoción y el silencio
 - ¿Qué es una sociedad capitalista?

- III. La situación de crisis
 - El huracán financiero
 - Los expertos y los Estados
 - Más allá de las sociedades de producción

- IV. La descomposición de la vida social
 - El fracaso de la conciencia
 - El silencio de los partidos y los sindicatos

La responsabilidad de los intelectuales
Lo universal y lo particular
¿Se anuncia, pues, el fin de la sociedad?

V. El lucro contra el derecho
¿Cómo defenderse?
El uso de la moral
¿Cómo movilizar a las víctimas de la crisis?
Soluciones a la crisis
Lectura de Joseph Stiglitz

Segunda parte
La sociedad posible

VI. La hipótesis
Tres hipótesis falsas
De la tercera a la cuarta hipótesis
La cuarta hipótesis
Tres etapas en el origen del sujeto: fabricación, comunicación, creación de valores
El encuentro entre dos principios metasociales
Entre dos futuros
De los actores a los sujetos

VII. La situación postsocial
Sociedades industriales y postindustriales
La separación de los actores y del sistema
La ausencia de un nuevo modelo de sociedad
La tentación de la ruptura
Los tres elementos de la reconstrucción

VIII. La aparición de actores no sociales

La lógica de la economía pura

El fin de lo social

Más allá de las luchas de clase

El día y la noche

Confirmación de la hipótesis

Del lado de Soulages

IX. Nuevas instituciones sociales y políticas

Regreso a lo social

Del principio a las prácticas

El nuevo campo político

La venganza de los Estados

Nuevos actores

Europa entre dos negaciones

El fracaso del modelo renano

La búsqueda comprometida

Conclusiones

Resumen

Referencias bibliográficas

Agradecimientos

Presentación

Es cierto que muchas cosas cambiarán a causa de la crisis. El regreso a un mundo anterior a la crisis está excluido. ¿Pero estos cambios serán profundos, radicales? ¿Irán incluso en la dirección correcta? Hemos perdido el sentimiento de urgencia y lo que hasta ahora ha ocurrido proyecta un mal augurio sobre el futuro.

JOSEPH STIGLITZ, *Freefall*, 2010, p. 454.

Una crisis económica es antes que nada un asunto de economistas. Sus causas, su desarrollo, sus consecuencias y los esfuerzos hechos para salir de ella o para impedir lo peor son temas que los economistas a menudo han analizado, porque no siempre han podido prevenirlos. Sobre la crisis financiera de 2007-2009 y sus antecedentes, los economistas en lengua francesa, como los demás, publicaron muchos libros destinados a un público de profesionales, y otros tantos dirigidos a un público más amplio; algunos de ellos han tenido gran eco en la opinión pública.

Sería entonces absurdo pretender que toca a los sociólogos estudiar los factores no económicos de la situación económica. Tal preocupación no sólo ha estado siempre presente en el mismo pensamiento económico, tanto dentro de la escuela «institucionalista» de principios de siglo XX o en la escuela actual de la regulación como en el caso de Joseph Schumpeter, e incluso ya desde Adam Smith, sino que, además, un grupo importante de economistas de alto nivel, entre ellos varios premios Nobel, Amartya Sen el primero, luego Joseph Stiglitz y Paul Krugman, siempre han criticado la visión estrecha —inspirada por un cuantitativismo superficial— de un pensamiento estadístico y economi-

co que reducía la situación de tal individuo o tal categoría social a su salario en dólares. Hoy en día, estos críticos son el bien común de los sociólogos y los economistas. Dejemos entonces de dirigirles reproches infundados a los economistas.

¿Pero entonces qué nos queda decirle al sociólogo? Procedamos por orden. Cuando una crisis (y es el caso de ésta que ahora vivimos) separa la economía del resto de la sociedad y se encierra en sus problemas internos, ¿en qué se convierte la vida social?

No sólo queda en posición marginal, sino que la crisis la transforma al grado de suscitar miedos e indignaciones en contra de las instituciones. Estas reacciones emocionales han alimentado en repetidas ocasiones el triunfo de un movimiento autoritario o populista. Pensemos aquí en el ascenso de Hitler al poder en 1939, después de que su movimiento ganó poder debido a la crisis de 1929.

De forma paralela, la crisis acelera una tendencia a largo plazo en la que los actores sociales, perjudicados por la crisis social, se separan del sistema económico (incluyendo su dimensión militar) y se transforman en desempleados, excluidos o ahorradores arruinados, incapaces de reaccionar políticamente —lo cual explica el silencio actual de las víctimas de la crisis—, o en actores cada vez menos sociales y definidos más bien en términos universales, morales o culturales.

Consciente de las cosas que están en juego, el sociólogo se pregunta de qué manera superar la crisis. Sin desechar las soluciones técnicas propuestas por economistas y políticos, el sociólogo introduce una idea nueva: lo más importante, dice, es reconstruir la vida social, ponerle fin a la dominación de la economía sobre la sociedad, lo cual exige recurrir a un principio cada vez más general e incluso universal, que podemos llamar «derechos del hombre» (mejor dicho «derechos humanos»), que debe engendrar formas nuevas de organización, educación y gobernabilidad, para

ser capaces de suscitar una redistribución del producto nacional a favor del trabajo (que desde hace mucho fue sacrificado en aras del capital) y exigir un respeto más real de la dignidad de todos los seres humanos.

Estas hipótesis ofrecen varias posibilidades de cambio social, pero excluyen cualquier retroceso al periodo anterior a la crisis, ya que encerrarse en dicha ilusión significaría preparar una nueva crisis.

El modo de análisis del sociólogo es diferente al de los economistas, en la medida en que el primero, igual que el historiador, busca comprender a los actores, sus decisiones y sus representaciones. Su objeto de estudio, entonces, se constituye en gran medida con juicios de valor, a pesar de que éstos deban ser analizados objetivamente, desconfiando de cualquier prejuicio ideológico.

El sociólogo busca descubrir transformaciones sociales y culturales generales que puedan observarse en todos los ámbitos, a través de los debates políticos en primer lugar, pero también en los textos y las imágenes que son aparentemente ajenos a los problemas económicos inmediatos. La novela y el teatro, el cine y los videos, las artes plásticas, la música y las canciones proporcionan indicadores muy claros a quienes se interrogan sobre los cambios que tienen un amplio alcance.

Además es preciso, claro, que el sociólogo aprenda del economista la naturaleza y el sentido de los hechos, pero debe ante todo relacionar el análisis de la crisis con una perspectiva de las transformaciones a largo plazo de la vida social. La *primera idea* defendida aquí será que después de la sociedad industrial, e incluso postindustrial, se forma lo que yo llamo una *situación postsocial* (para evitar el término de sociedad postsocial, que es demasiado oscuro). Aunque esta mutación y la crisis económica no tengan la misma temporalidad ni las mismas consecuencias, deben estar relacionadas entre sí. Ciertamente no es la crisis la que engendra un nuevo tipo de sociedad, pero contribuye

a la destrucción del tipo de sociedad anterior; puede también impedir la formación de un nuevo tipo de sociedad o favorecer la intervención de actores autoritarios durante un periodo de transición difícil.

Tales trastornos pueden acarrear (lo mismo a corto que a largo plazo) la desaparición real de los actores. Ésta es la impresión que nos deja el examen de la situación de los sindicatos y los partidos de «izquierda» en Europa, que se hallan en una impotencia tan evidente que los electores ya no saben lo que distingue a la izquierda de la derecha.

Así, se ha instalado un silencio social imprevisto que puede sin embargo anunciar muy bien la formación de un movimiento violento sostenido por todos los que han sufrido la crisis. Éste es el primer tipo de porvenir en el que la crisis puede desembocar.

Sin embargo, nuevos actores, que ya no pueden ser sociales, y que son más bien morales, también pueden aparecer. Oponen los derechos de todos los hombres a las acciones de los que sólo piensan en aumentar sus beneficios. Los anteriores conflictos entre actores sociales (por ejemplo los conflictos entre actores de diversas «clases») se ven remplazados por la contradicción que reina entre el sistema económico —sobre todo cuando éste se reduce a la búsqueda del mayor beneficio posible— y los actores que apelan a los derechos humanos y al respeto del individuo. Este segundo porvenir resulta tan deseable que el primero se torna, más bien, preocupante.

Desde principios de 2010, la *megacrisis* parece haber sido superada poco a poco y haberse convertido, como dice Paul Krugman, en una depresión ordinaria. Sin embargo, Europa ya ha sido alcanzada por una grave crisis monetaria que provoca también una crisis de crecimiento. ¿El sociólogo debe acaso retirarse y dejarle su lugar a los economistas, en la medida en que éstos son quienes saben elaborar y evaluar políticas económicas? Tal modestia sería excesiva, pues en la medida en que la situación económica sigue ca-

minos ya conocidos se distinguen mejor los problemas que conciernen a otro orden distinto del de la previsión económica. Aquí tenemos dos planteamientos:

- ¿Cómo afecta la crisis la evolución a largo plazo de las relaciones entre la economía y la vida social?
- ¿Nuestras sociedades se verán amenazadas por una cascada de crisis, o serán acaso capaces de descubrir y construir un nuevo tipo de vida social (la ya mencionada *situación postsocial*) caracterizada por la separación entre el sistema y los actores?

Cualquiera de los dos porvenires planteados por esta última pregunta será, en todo caso, el que nos toque vivir.

Primera parte

Las crisis en contexto

I. Más allá de la sociedad industrial

Crisis económica y cambio de sociedad

DE LA *megacrisis* que inició en los Estados Unidos en 2007 y 2008 lo que más nos preocupa es su carácter global, que explica la destrucción de todas las instituciones que antaño transformaban las situaciones económicas en elementos de una vida social controlada por el Estado. La mayoría de los observadores piensa que se trata de una crisis importante del capitalismo, no la primera sino la más grave desde aquella de 1929, de la cual nadie ha olvidado sus devastadoras consecuencias sociales. Otros han anunciado, con tono apocalíptico, el aterrador final del capitalismo, algunos incluso han hablado del final de la economía de mercado. Sin embargo, con el paso del tiempo deben sustituirse tales reacciones espontáneas y alarmantes por análisis serenos.

No es el fin del mundo. La preocupación dominante se convierte en la evaluación de las políticas de intervención de los Estados, y en especial del estadounidense. Durante mucho tiempo nos ha gustado decir que Nueva York dictaba la conducta del gobierno de Washington, que la economía de las grandes empresas fijaba el desarrollo de la política de este país que domina la economía mundial. Aún hoy, el vigor de algunas reacciones del presidente de los Estados Unidos y de algunos países europeos importantes nos tranquiliza, incluso si no garantiza nada para el futuro. Es tan fácil pasar de un pesimismo total a la confianza ciega, aun cuando nunca hemos dejado de pensar que los Estados en cuestión son omnipotentes, sobre todo después